

— No importa; el amor vence todas las dificultades, y tú me amas, vámonos, no hay un instante que perder.

— La ciudad está revuelta.

— Soy soldado y tu amor me dará ánimo si hay algún peligro.

— Pero...

— Pronto, Isabel, pronto, tu mamá no dilata y acaso mañana sería tarde.

— Espera un momento.

Cerró Isabel el estanco, dejó a la portera la llave y del brazo del estudiante se fué en derechura a San Jerónimo.

— Ya llegamos—dijo Juan—, y ese diablo de Manuel que no parece; no importa, estamos en salvo.

Al entrar a la casa, tropezó con la madre de Isabel, que se lanzó como una furia y de un bofetón le echó a rodar el sombrero.

Aquella aparición fué terrible.

Al bofetón siguieron los denuestos y las injurias, y tomando de la mano a su hija y apretándosela hasta hacerla gritar, se perdió entre las sombras de la noche.

## V

Mario se paseaba frente al balcón de Carolina.

Manuel y «Juan Gallinazo» iban en su busca.

— Ya somos tres aporreados—decía Manuel—; la noche ha sido fecunda en cachetadas.

— Todavía me arde la cara—decía Juan—; la vieja tiene unas garras de leopardo.

— Ya las sentí primero que tú; conmigo se estrenó.

— ¿Qué va a ser de Isabel?

— Nada; es cuestión de tiempo; ella me avisará, y al fin...

— Ese fin es malo—dijo Manuel.

— Pero es el de todos—contestó Juan.

— Por ahora busquemos a Mario, que tenemos una cena opípara. Pero, Juan, ¿dónde diablos sacas tanto dinero?

— He realizado una gran partida de azúcar de mi hacienda; tengo sesenta mil pesos.

— ¿Pero hay quien tenga sesenta mil pesos en el mundo?

— dijo Manuel.

— El pobre de mi padre me dejó eso y más, ya sabes, todo es tuyo.

— Gracias—dijo Manuel—. Con razón te robas estancuillas; si yo tuviera esa cantidad, me llevaba todo el estanco de mujeres.

## VI

Entretenidos iban los estudiantes, cuando vieron escurrirse una pareja entre la sombra.

— ¡Demonios!—dijo Manuel— ¡Si es Mario! Le he reconocido a la luz del farol.

Pasó violentamente a la acera opuesta y reconoció con gran sorpresa a Mario y Carolina.

— Manuel—gritó Mario—, te he encontrado como a mi Providencia.

— Carolina, ¿qué significa esto?

— Manuel—dijo la joven—, han abofeteado a Mario delante de mí, le han humillado y yo he abandonado la casa; quiero compartir su suerte.

— Malo, malo—dijo Manuel—; esto es muy romántico, pero es poco práctico.

— Sí, pero yo sé que cumplirá como un hombre de honor.

— ¡Lo juro!—exclamó Mario, estrechando la mano de la joven.

— ¿Y a dónde van?—preguntó Manuel.

— No sé—dijo Mario—; los hoteles serán registrados; no sabemos qué hacer.

— ¡Juan!—gritó Manuel.

Se acercó «Juan Gallinazo».

— Ya tenemos huéspedes para la casa, estos pimpollos se han escapado y buscan nido donde encerrarse.

— ¡Al avío!—gritó Juan— ¡Y andando!

Los cuatro se dirigieron a la casita de San Jerónimo.

— Pero éste es un palacio encantado—decía Mario.

Carolina no se daba cuenta de lo que veía.

— Carolina—dijo Juan, abriendo un guardarropa de lunas—, ahí están unos vestidos, múdese usted de traje, nada pregunte, todo esto es de usted, todo.

Carolina tomó un vestido de muselina lleno de encajes y con lazos azul pálido, se arregló aquella cabellera rubia y parecía la Margarita del Fausto.

— Estás lindísima, Carolina—exclamó Mario al ver la belleza sorprendente de aquella mujer.

Manuel dijo por lo bajo a Mario:

— ¡Y pensar que todo esto era para una estancuillera!

— Ahora—dijo Juan—, a cenar. Pero, me olvidaba: aquí está Margarita, una muchacha honrada, que vive con una anciana, que es su madre; ellas cuidarán de usted.

Se presentó Margarita, elegante, bien puesta como una «dama de compañía».

— Estoy—dijo— a las órdenes de la señorita.

— Gracias—contestó Carolina, que tuvo simpatía desde luego por la jovencita.

— ¡Maldito!—dijo Manuel al oído de Juan— ¿De dónde te has procurado a esta muchacha?... Y no me lo has avisado, da gracias a que Carolina es mi cuñada, que si no, te dejaba a la vieja y cargaba con la camarera.

Se sentaron los cuatro a la mesa.

Todos tenían buen apetito.

Carolina gustaba de aquella aventura.

Entre rezar el rosario con su mamá y estar en aquel convite, había una diferencia enorme.

No pensaba siquiera en la aflicción en que hundía a su familia con esta ausencia en que veían su perdición.

Pensaba que era feliz en aquellos momentos y nada la preocupaba.

Mario estaba inquieto, mientras «Juan Gallinazo» y Manuel estaban resplandecientes de satisfacción.

Había dinero, y todo marchaba perfectamente.

—¿Por qué está tan escuálida la vieja?—preguntó Manuel.

—Esa es una historia con que voy a amenizar la cena; es algo como la de Don Juan Tenorio.

—Es que doña Inés ya tiene setenta años—dijo Manuel.

—No siempre ha de tener diez y seis años; algo ha de haber crecido desde que la trajo Zorrilla a la escena.

—Tengo curiosidad por saber ese drama—dijo Carolina.

—Sí—respondió Manuel—, pero antes tomemos una copa de champaña.

Todos bebieron a la salud de la madre de Margarita.

—Pues comencemos—dijo «Juan Gallinazo». Esta señora tuvo sus quince abriles, aunque parezca increíble, a pesar de ser una ruina.

Era casada y vivía en paz con una especie de salvaje, que la maltrataba, pero ella sufría pacientemente.

—En todos los matrimonios hay una víctima—dijo Manuel.

—No se acuerde usted de su apreciable mamá, Carolina—dijo Juan.

Carolina se echó a reír.

—Que lo pregunten a Mario, que sin ser su consorte, le ha santiguado esta noche; aun trae la sangre del combate sobre la camisa; ha sido una herida gloriosa.

—Bebamos por la tía—dijo «Juan Gallinazo».

—Bebamos—dijeron todos, y apuraron la copa del champaña.

—Continúo—dijo Juan—. La señora, como ustedes deben suponer, tiene un nombre, se llama Antonia y es de pasta flora, es decir, muy buena; pero las buenas suelen cansarse.

Visitaba la casa un viejo devoto, como los de la tertulia de usted, Carolina.

—¡Bravo!—gritó Manuel.

—Pues aquel beato se enamoró perdidamente de doña Antonia. Hoy un cumplimento, mañana una atención, más tarde un regalo, luego mucho mediar en las riñas conyugales, consejos, halagos, intereses, ternuras, etc., etc. todo ese tren maldito de los hipócritas de sacristía, para seducir mujeres.

Antonia le había cobrado un gran afecto.

—Señora—le dijo un día el viejo—, yo estoy por separarme de la casa; me es imposible ver con calma tantos sufrimientos y sin poder evitarlos.

Lo que voy a decirle, la puede sorprender, pero como es la última vez que nos vemos, usted me lo ha de perdonar.

Antonia lo vió con sorpresa; era su único refugio, su solo amigo, y sentía que se iba a quedar sola.

El viejo continuó:

—A fuerza de estar aquí todos los días, de asociarme a los justos sentimientos de usted, de participar de sus penas, un sentimiento extraño se ha apoderado de mí, soy viejo, muy viejo, y me da hasta vergüenza esta revelación.

Pero el alma, aunque encerrada en una jaula que se desbarata, vive, vive todavía; yo amo a usted.

—Señor Andrade...

—No prosiga usted, sé que es un sueño, una quimera, pero no quise alejarme sin que usted lo supiera.

—Es que... mi marido...

—Ahí está—dijo el viejo, señalando al marido que venía trastrabillando y ebrio.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa?—le dijo Antonia.

—¿Y qué te importa? Soy yo dueño de mis acciones y si me contrarías te abro la cabeza.

—No—dijo el viejo—, eso no es justo; cálmese usted, su esposa nada dice, le respeta y le ama.

—¿Y quién le pide ese amor? ¡Al diablo con las ternuras!

—Pero al menos debe usted considerarla.

—¡Al diablo las consideraciones! Dame dinero.

El viejo sacó unas monedas, se las puso en las manos, diciéndole:

—Tenga usted, y que haya paz, como Dios manda.

—Gracias, y me voy; me esperan mis amigos, no me aguardes esta noche ni otras más, pienso no venir más a esta casa.

Salió tambaleando y echando juramentos como un condenado.

—Señora—dijo Andrade—, ¿esto es lo que usted ama y respeta?

—Es el padre de mi hija.

—El ejemplo no puede ser mejor.

—¿Pero qué hacer? ¡Mi vida es espantosa!

—Está en sus manos variarla.

Antonia estaba tentada por aquel demonio.

—Mire usted, Antonia, delante de su mismo esposo, puede usted salir de esta casa, diciéndole que va usted a aceptar costuras ajenas, y que la deje en paz, puesto que tanto la aborrece.

—Pero es necesario reflexionar.

Oyóse un disparo en la calle y gritería.

Salieron corriendo el viejo y Antonia.

El ebrio había disparado un pistoletazo a un policía dejándolo tendido.

En el acto fué aprehendido y conducido a la cárcel.

Más tarde fué sentenciado a presidio y el viejo se quedó dueño de la casa y de doña Antonia.

— ¡Negocio redondo!—dijo Manuel.

— Pues la señora no sería de malos bigotes—agregó «Juan Gallinazo».

— Es que ahora le han crecido; parece sargento de la guardia del Sultán.

— La historia, la historia—dijo Carolina.

— Decía—continuó Juan—que el viejo sustituyó al marido y así vivían en paz y concordia.

El viejo la mantenía en su casa para evitar el escándalo.

En la noche se llegaba a la ventana, daba una seña particular, se le abría la casa, de donde salía al amanecer, dirigiéndose a oír la misa del alba.

Un día llegó a oídos de Antonia, que se habían leído unas amonestaciones en la parroquia de San Sebastián, anunciando que el señor Andrade se había presentado para contraer matrimonio.

Se desesperó, gritó, lloró, hizo demostraciones espantosas de dolor, pero no pudo desbaratar el matrimonio del viejo.

Se contentó con arrojarlo fuera de la casa.

Pasaron tres meses, y aquella mujer lloraba sin cesar.

Le parecía imposible que un hombre de setenta años le hubiera sido infiel; y más, que se casara.

— Pero se casaría con la Cuaresma—dijo Manuel.

— No lo creas, era guapa y hermosa.

— Pues no le arriendo las ganancias.

— Hay mujeres para todo, y cargar con ese Matusalén...

— El final—dijo Carolina.

— Una noche—dijo Juan—, serían las once, cuando sonó en la ventana el toque convenido.

Antonia se precipitó frente a la madera cerrada de la ventana, pero se detuvo.

— ¿A qué viene ese hombre?—exclamó.

Su deseo era abrir, porque tenía el deseo de satisfacer su orgullo, verlo a sus pies y después despreciarlo.

Volvió a sonar la señal.

— ¡Dios mío!—dijo Antonia— ¡Dame valor!... ¡Pero si ya es casado; si tengo que compartir con otra ese amor!

En su orgullo no veía que el viejo era un ser despreciable, incapaz de causar ilusión; pero la costumbre de verlo, de hablarle..., sobre todo la humillación de verse rebajada; quería vengarse de aquella rival inconsciente; pero su dignidad de mujer se interponía con toda su fuerza.

Por tercera vez se oyó el toque en la vidriera.

— No; tengamos valor, si ha venido es porque se siente débil; que ruegue, que insista, que se someta a mi voluntad... ¡Pero si no vuelve una vez que haya perdido la esperanzat

Entonces haciendo un esfuerzo de voluntad abrió la vidriera.

Nadie aparecía, sólo se escuchaba a lo lejos el eco de unos pasos tardíos.

— Se fué—dijo Antonia—; mañana volverá.

El reloj de la Catedral dió once campanadas.

Pasó Antonia la noche muy inquieta pensando en aquel hombre... Vendría arrepentido a pedirle perdón... ¿Habría sido un compromiso aquel matrimonio?... ¿El le daría explicaciones?

Entre dormida y despierta oyó el toque del Ave María.

La luz comenzaba a dibujarse en las rendijas de los balcones y el ruido de algunos carros estremecía la casa.

Saltó de la cama, abrió la ventana y se sentó tras la vidriera. Serían las seis cuando el cartero dejó una carta.

Antonia la recibió.

— ¿Qué es esto? Trae los cantos negros; es una tarjeta de luto.

Se le oprimió el corazón y la abrió temblando.

Casi tartamudeando la leyó:

«Anoche, a las once, ha dejado de existir el señor don José María Andrade. Rogad por su alma.»

— ¡Qué horror!—gritó Carolina.

— Si—dijo Juan—. El muerto había venido a darle una despedida eterna!

— ¡Qué diablos!—gritó Manuel—Bebamos por los difuntos.

— Bebamos—dijo «Juan Gallinazo», para borrar la impresión; y destapó una botella de champaña.

— Ya sabéis ahora—dijo Juan—por qué la vieja está pálida y asustada.

Carolina estaba horribilmente impresionada, tenía miedo.

— No hay cuidado—dijo Mario—; casualidades; alguno se enteraría de la seña y quiso divertirse con la señora; porque los muertos no vienen.

— Sí, vienen—dijo Manuel—; yo soy espiritista y los llamo cuando quiero.

— ¡Dios mío!—exclamó Carolina—No haga usted eso, Manuel, tengo escalofríos.

— Si todo es broma, Carolina.

— Aquí está el ponche, esta llama azul es deliciosa; ¡qué colorido tan bello da al rostro de usted!

Siguieron bebiendo, y ya cerca de las cuatro, dijo Manuel:

— Vámonos; conviene que nadie nos vea salir.

— ¿Se van?—dijo Mario.

— Sí, y tú por delantito; aquí no se quedan más que Carolina, Margarita y doña Antonia.

— Perdone usted, Carolina, este Mario vendrá cuando pueda, porque ahora le van a seguir por todas partes, para inquirir el paradero de usted; aquí nada le falta, y si necesita usted algo, doña Antonia le dará cuanto pida.

— Allí hay todo el dinero que usted desee—dijo «Juan Ga-

linazo», y le dió la llave de un pequeño bufete, incrustado de nácar.

— De lo que se ha perdido la estanquillera—murmuró Manuel.

Los tres amigos dejaron la casa y se dirigieron al cuartel, al toque de diana.

## VII

En la casa del señor de Rentería se notó la desaparición de Carolina.

El clérigo dijo:

— Señores, no hay que hacer escándalo; por el contrario, guardaremos una reserva absoluta.

— ¡Pero mi hija!—gritó la Pantoja—Es una infamia que clama al cielo. ¿Y se quedará sin castigo ese miserable?

— Están de triunfo—arguyó el clérigo—; pasará por una calaverada de soldado y hasta le aplaudirán la gracia.

Esta es la situación que guardamos en estos momentos de desorden.

El español había enmudecido, tenía el corazón traspasado de dolor.

Conocía que el paso, no sólo imprudente, sino criminal, era el resultado de las imprudencias de su esposa, y que Carolina se había sentido arrebatada por la humillación y no creía que hubiera nada de premeditación en el lance.

El clérigo insistió:

— ¿De qué valdría pregonar la deshonra de la familia? De divertir a la voracidad pública, de perjudicar el porvenir de Eva; no, silencio profundo, silencio de sepulcro, y veremos lo que dan los acontecimientos.

Conviniéron todos en callar.

Al día siguiente el señor de Rentería salía para su hacienda, y se les dijo a todos que se había llevado a su hija Carolina.

## CAPITULO VII

## SOPLA EL HURACAN

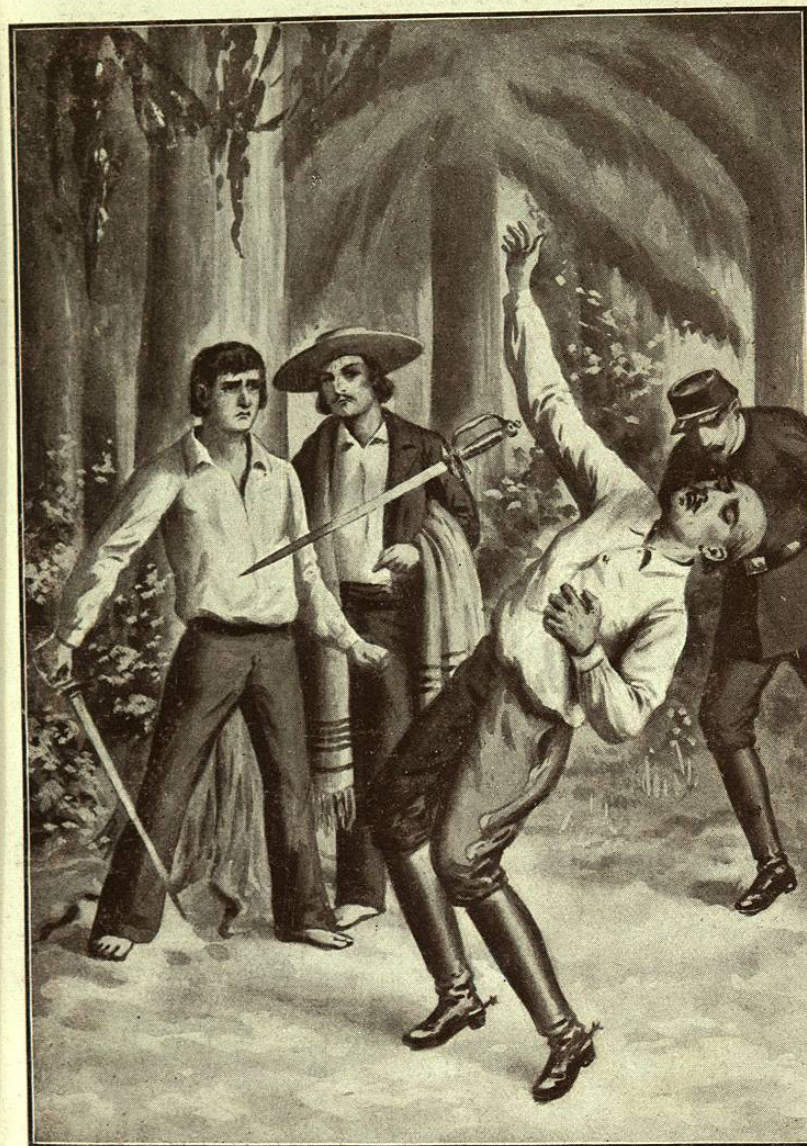
## I

La situación se complicaba, ya no eran los gritos en el púlpito, ni en la Prensa, comenzaban los motines armados, invocando todos la religión como el arma que mejor se podía esgrimir en aquellas circunstancias.

Al publicarse la ley Juárez, protestaron todos los obispos y declararon que no era de obedecerse.

El Consejo de Estado también protestó y amenazó con disolverse si la ley no se suspendía.

Ese mismo Consejo declaraba nulo el nombramiento de Comonfort, hecho por don Juan Alvarez, y fué preciso disolverlo y nombrar otro.



El coronel dejó caer la espada, y presa de un desvanecimiento, cayó...

(Pág. 75)